BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

SEÑORAS SOLAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ MONTENEGRO



MADRID
ARREGUI Y ARUEJ
GREDA, 15, BAJO

1891

SEÑORAS SOLAS



SEÑORAS SOLAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE MONTENEGRO

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA el 10 de Marzo de 1891



MADRID

R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1891

Á LOS ARTISTAS QUE HAN ESTRENADO ESTE JUGUETE

A todos por igual os debo inmensa gratitud. Permitidme consignarlo públicamente y daros así una prueba de mi sincero agradecimiento.

VUESTRO COMPAÑERO

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ILDEGUNDIS	SRA.	GUERRA.
» ELVIRA		MARTÍNEZ.
» MERCEDES		CANCIO.
DON POLICARPO	SR.	ROSELL.
» EDUARDO		BALAGUER.

La acción se supone en Madrid, época actual y en casa de Mercedes

ACTO ÚNICO

Habitación decentemente amueblada. Puerta al foro y laterales. En el segundo término derecha un balcón. En uno de los costados del foro habrá una librería. En la escena butaca y mecedora, velador en el centro sobre el que habrá un quinqué encendido y dos palmatorias con velas apagadas.)

ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES y DON EDUARDO

Al levantarse el telón aparece Mercedes abrazando á Eduardo que entra por el foro en traje de camino

EDUAR. ¡Prima mía de mi vida!
MERC. ¡Cómo! ¡Tú en Madrid, Eduardo!
EDUAR. Sí, Mercedes, cosas mías.
Quiero estar siquiera un año
muy lejos de Cartagena.
Me encontraba ya cansado
de estar allí tanto tiempo
sin ver nunca más que barcos,
el mar y muchos marinos
y unos castillos muy altos.
Esto para mí no sirve;
yo necesito otro espacio
para vivir y volar
y dar rienda á mi entusiasmo.
Quiero subir á la cumbre,
subir deprisa y muy alto.

MERC. Pues, hijo, haberte subido,
que facil era lograrlo,
al castillo de Galeras.
Me parece que más alto...
EDUAR. Bueno, empiezas, como siempre.
Pues si te burlas me callo.
MERC. Hombre no, si no me burlo.
Digo sólo que no alcanzo
la causa de este viaje.
EDUAR. Pues por eso iba á contarlo.
Tu verás. Yo en Cartagena
hago un papel desairado.
Las mujeres son mi hechizo,
tú lo sabes, son mi encanto.
Y como tengo yo un *chic*...
y poseo cierto gancho...
y este aire tan distinguido,
y soy elocuente, claro,
no hay allí quien me resista,
y esto me aburre, soy franco.
Allí las mujeres todas
huelen á brea y á barco;
no hallo en ellas mi ideal.
Las mujeres de alto rango
son las que á mí me fascinan
y si no el tipo contrario.
Esas que al mirarme dicen:
¡Ole ya! ¡viva tu garbo!
Los dos extremos, Mercedes,
en eso cifro mi encanto.
Soy terrible, no lo dudes.
Soy como Cesar, osado,
y hasta que no encuentre un Bruto
que me divida de un palo,
donde llego... miro y venzo,
lo mismito que el romano.
MERC. Pues me parece muy bien.
Veo que vas adelantando.
Más la causa del viaje...
EDUAR. Oye, que el asunto es árduo.
A pesar de lo que he dicho,
á última hora he encontrado
allí una chica preciosa,

divina, hechicera, un pasmo.
La conquisto como á todas;
pero al destino tirano
le plugo darle una madre
que es un civil disfrazado.
Se opone á nuestros amores
por mi fama.

MERC. Es lo más llano.

EDUAR. Pero no sabe quién soy,
y para evitar un rapto
decidió venirse aquí
con la niña. ¿Yo qué hago?
Me voy derecho á papá,
que quieras que no, sablazo,
y con pretexto de verte
cojo el tren y á Madrid.

MERC. ¡Bravo!

EDUAR. Como que no me conoce...

MERC. ¿Quién?

EDUAR. La mamá.

MERC. Ya.

EDUAR. He logrado
viajar junto al bien que adoro,
sin más que un pequeño obstáculo.
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

MERC. ¿Qué es eso, chico?

EDUAR. ¡Ay, Dios mío!

MERC. ¿Te duele algo?

EDUAR. No, no es nada, es este ojo.

MERC. Pero...

EDUAR. ¡Que me da unos rayos!...
Mi suegra, que en el camino
me sacudió un puñetazo,
y si no me quedo tuerto
será de fijo un milagro.

MERC. ¡Ave María purísima!

EDUAR. Pero, no, ya va pasando.
Conque, dime, ¿y nuestro tío?
No le he visto há muchos años,
y ya apenas le conozco;
¿cómo está?

MERC. Pues es extraño
no le hayas visto, porque

fué á la estación hace un rato
á esperar á unas señoras
que deben haber llegado
de Cartagena.

EDUAR. ¿Qué?

MERC. Amigas
de la familia de Carlos,
de mi esposo, y de alojarlas
en casa tengo su encargo.

EDUAR. ¿Qué dices? ¿De Cartagena?

MERC. Madre é hija.

EDUAR. ¡Cielo santo!
¿Si serán?... ¿Cómo se llaman?
¡Pues sería bueno el chasco!

MERC. La madre, doña Ildegundis....

EDUAR. Valdecañas; y la niña
Elvirita de Bolaño. ¡Ellas son!

MERC. ¡Cómo! ¿Qué dices?

EDUAR. ¡Santa Virgen del Amparo!
¡Que las señoras que esperas
son las mismas de que he hablado!

MERC. ¡Es posible!

EDUAR. Lo que oyes
¡La vieja es el dromedario
de mi suegra, y su hija, Elvira,
mi amor y mi dulce encanto!

MERC. ¿Pues sabes que tiene gracia?

EDUAR. ¡Sí, la de todos los diablos!
Si antes por una bicoca
me atizó aquel puñetazo,
si me vé y sabe quién soy,
me desuella. Yo me marcho.

MERC. ¿Pero, chiquillo, estás loco?

EDUAR. De fijo viene afilando
las uñas, y es capaz....
(Se oye ruído dentro)

MERC. Calla.
Me parece que he escuchado....

EUAR. ¡Ellas son! ¡Ay, prima mía!
pronto, dí, ¿por dónde escapo?

MERC. ¡Eh! ¡No seas mandria! Entra ahí,
deja este asunto á mi cargo.

EDUAR. ¡Ay, Mercedes de mi alma!

Mi vida dejo en tus manos.
(Eduardo desaparece por la primera puerta izquierda.)

ESCENA II

MERCEDES, DOÑA ILDEGUNDIS, ELVIRA y DON POLICARPO, que traerá maleta, saco de noche, manta de viaje y tres ó cuatro cajas de cartón

MERC. (Ellas son, ya están aquí.
Pues, digo, si se detiene....)
ILD. (Que viene muy cansada.)
¡Maldiga Dios la escalera!
¡Qué horror!
MERC. Ya están ustedes
en su casa. ¿Cómo va?
ILD. ¡Ay! Muy bien, querida.
MERC. ¿Y este
pimpollo? ¡Es ya una mujer!
¡Preciosa!
ELV. Gracias.
MERC. ¡Sí, tiene
un talle y rostro divinos!
ELV. Gracias.
ILD. Deja que me siente
yo primero, y luego á Elvira
díle tú cuanto quisieres.
MERC. Es cierto, en esta butaca.
ILD. ¡Ay! Muchas gracias Mercedes.
¡Jesús! Esto está muy bajo
y apenas puedo moverme.
MERC. Pues en esta mecedora.
ILD. ¡Ay! querida, si se mueve
igual que si fuera un barco.
ELV. Pero, mamá....
ILD. Que me dejes;
vaya pues, aquí me quedo.
Chica, tienes unos muebles....
MERC. Señora, siento....
ELV. ¡Mamá!...
ILD. ¿Sabes, querida Mercedes,
que esto es vivir en el cielo?

MERC. No es tan alto.
ILD. ¿Tú no crees?...
MERC. Segundo con entresuelo.
ILD. ¡Pues, hija, si te parece,
vete á vivir con San Pedro!
¡No sé en qué piensa esta gente!
Si estoy aquí mucho tiempo
el mejor día me acomete
un ataque de disnea
y me muero de repente,
lo mismo que la Traviata,
tosiendo y cantando.
MERC. ¿Teme?...
ILD. ¡Ay, no puedo con mi alma!
MERC. Pues es preciso que entren
á cenar.
ILD. No tengo gana.
Y tú, niña, ¿no apeteces?...
ELV. Yo, si acaso, tomaría
un chocolate con leche.
ILD. Y tostada entera, es cierto.
ELV. Y manteca, si la tiene.
ILD. Si no puede tener gana.
Como que ha eso de las siete,
por darle una broma á un tipo
que estaba durmiendo siempre,
nos comimos su merienda.
ELV. Sí, sin que él se apercibiese.
MERC. Pues, nada, vamos andando.
ELV. Gacias.
ILD. Que Dios te lo premie.
POL. ¿Pero no hay alma cristiana
que de este infeliz se acuerde?
¿O hasta el día del juicio
han resuelto así tenerme?
MERC. ¡Ay! Es verdad. ¡Pobre tio!
(Ayudándole á dejar los objetos que trae.)
ILD. Es cierto. ¡Pobre vejete!
¡Tiene gracia!
POL. ¿Sí, eh?
ILD. Mucha.
MERC. Yo le ruego que dispense....
ILD. Cargado como una acémila

y él tan quieto, sin moverse.
¡Já! ¡Já!

POL. Vaya una manera...

MERC. Vamos, tío, no se altere.

ILD. ¿Se incomoda usted, amigo?
Pues, hijo, que le aproveche.
Pues, señor; es imposible
el viajar en esos trenes.

MERC. ¿Qué? ¿Les ha ocurrido algo?

ILD. ¡Un escándalo, Mercedes!
Apenas el tren se puso
en marcha, miro, y... ¡Dios clemente!
el cesto con la merienda
advertimos que no viene.
¿Dónde está? Vaya usté á ver.
En aquel tropel de gente
que tomaba por asalto
los coches, sin que allí hubiese
quien guardase á dos señoras
el respeto que merecen,
de seguro algún hambriento
nos lo robó. ¡Así reviente!
Figúrate: yo tan débil,
estos nervios insurgentes
que si no como á menudo
al punto se ensoberbecen.
Esta cándida paloma,
que siempre tuvo buen diente,
y yo sin dinero apenas...
ponte en mi lugar, Mercedes.
Cuando un pollo que venia
en el asiento de enfrente,
nos dijo al ver mis apuros:
Señoras, cálmense ustedes;
aquí hay comida bastante,
pueden comer libremente.
Aceptamos, ¿qué iba á hacer?
Me comí seis salmonetes,
un trozo de solomillo,
jamón y un pastel de liebre.
Y mi niña tres chuletas,
salmón puesto en escabeche.
pavo trufé, salchichón,

y diez ó doce pasteles.
Estábamos desganadas...
y aquí concluyó el banquete.

POL. (Pues si llegan á no estarlo
se comen máquina y tender.)

ILD. Acabamos de comer
y le dije al mozalvete:
—A ver, pronto, venga vino.
—No le tengo.—¿No le tiene?
—No señora, yo no bebo.—
Me descompuse, Mercedes.
—¿Y cómo se atreve usted,
le dije, vil mequetrefe,
á obligarnos á comer
sin tener vino? ¿Usted quiere
que nos dé una indigestión?—
Y contesta el insolente:
—No se apure usted, señora;
traeré otra vez dos toneles
de Jerez de la Frontera.

POL. (¡Gran país debe ser ese!)

ILD. Acometo contra él,
el revisor interviene,
me sujetan, pero yo,
empiezo á soltar cachetes,
y á este quiero á este no quiero,
los pongo de azul y verde.
Al pollo le salté un ojo,
Al revisor cuatro dientes.
A un matrimonio que iba
con seis chiquillos ó siete,
le cojo uno y con él hago
un terrible molinete.
¡Uno grita, otro jalea!
Dice una voz—¡Que lo mate!—
Otra:—¡Que lo descabelle!—
Hasta que al llegar á un pueblo
dos civiles intervienen,
y á otro vagón nos conducen,
donde exclamo al ver mi suerte:
—¡Ampáranos, Dios piadoso,
pues si tú no nos defiendes,
yo por mí, te lo aseguro,

que no sabré defenderme!
POL. (Pues dan fin de un regimiento
si llegan á defenderse.)
MERC. ¡Válgame Dios! ¡Vaya un lance!
Ya comprendo que se encuentre
rendida. Y usted, ¿qué hacía? (A Elvira.)
ELV. ¿Yo?
MERC. Sí.
ELV. Yo... Pues yo, Mercedes,
á todo el que se acercaba
le iba clavando alfileres.
ILD. ¡Hija mía de mi vida!
¡Qué alma tan hermosa tiene!
POL. (¡Brava mujer, á fe mía!
¡Lo mismo pega que bebe!)
MERC. Ea, pues eso ya pasó.
POL. (Y que aún en ella se advierten
ciertos rasgos de hermosura.)
MERC. Ahora no hay que detenerse.
Al comedor en seguida;
tranquilas cenan ustedes,
y después á descansar,
que es lo que más les conviene.
ILD. Sí, hija mía, vamos ya.
¡Ay! ¡Si no puedo moverme!
Me duelen todos los huesos.
¿Has reparado si vienen
todos los chismes? ¿La jaula
del loro?
ELV. Sí, todo viene.
Aunque... ¡Dios mío!.. ¡Mamá!..
ILD. ¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?
ELV. ¡No está la jaula del loro!
ILD. ¡Madre mía de los Reyes!
¡Esto sólo me faltaba!
pero tú la culpa tienes.
ILD. ¡No sé cómo no te mato!
MERC. Doña Ildegundis...
ILD. Mercedes,
yo necesito mi loro.
Nada habrá que me consuele
si lo pierdo.
MERC. Se hallará.

ILD. ¡Es preciso que se encuentre,
que alguien vaya en el momento
porque si el loro se pierde
juro por todos los santos
armar una!...
MERC. ¿Qué?
ILD. A ver, este
señor puede ir al momento.
MERC. Sí, mi tío es complaciente,
é irá en seguida.
POL. ¿Cómo? ¿Yo?
ILD. ¡A escape! ¿Qué le detiene?
Busque usted en los vagones,
en el andén, en los muelles,
en todas partes.
POL. Si yo...
ILD. ¿Pero, es que usted no me entiende?
¡No le he dicho á usted que trote!
POL. ¿Que yo trote?
ILD. Sí.
POL. ¿Usted quiere?...
MERC. Sí, tío, vaya usted.
POL. Pero,
señor, reparen ustedes
que llevo más de tres horas
de jaleo y ya me duele...
MERC. En eso tiene razón.
ILD. ¡Jesús, Dios mío, ¡qué gentes!
¡Claro, á dos señoras solas
qué atenciones se le deben!
POL. ¿A eso llama usté atenciones?
¿A que tras tantos belenes
y tras de llamarme acémila
me traigan como un juguete?
Ustedes, sí, serán solas;
pero valen más que veinte.
ILD. ¡Deslenguado!
ELV. ¡Qué osadía!
POL. (Me la echaré de valiente
porque si no...)
ILD. ¡Mamarracho!
POL. ¡Eh, no me chillen ustedes,
y usted, niña, cuidadito

con sacar los alfileres!
ILD. ¡Oh, qué infamia!
MERC. Pero, tío...
ILD. ¡Quién lo creyera, Mercedes!
¡El, un hombre tan simpático
y que tanto se parece
á mi difunto Domingo,
que por eso solamente
ya me sentía atraída
por él!
POL. ¿Qué?
ILD. ¡Quién me digese
este nuevo desengaño!
POL. (Hola, hola! ¡esto es diferente!)
Yo le diré á usted, señora...
ILD. (Ya es mío.) ¡No se moleste;
si no me traen á mi loro
aquí mismo me doy muerte!
MERC. ¡Bah!
POL. (¡Por vida del lorito!)
ILD. ¡Mas amaré eternamente
á quien piadoso le traiga!
POL. ¿De veras? ¿Usted promete?...
ILD. Dicho está.
POL. ¡Pues vendrá el loro!
ILD. ¿De veras?
POL. ¿Qué duda tiene?
(¡Vaya si es buena jamona!)
ILD. ¡Ay! ¡Que el cielo se lo premie!
POL. (Y que tiede unos contornos.
y un talle, y un...)
ILD. ¡Pues, vuele!
¿En qué piensa usted? ¿Qué hace?
POL. Estaba cargando el tender
de carbón para el camino.
ILD. Volando.
POL. Si no parece,
no se apure usted, señora,
que en un hora solamente
vóime al Paraguay y vuelvo,
no con un loro, con veinte.
ILD. ¡Pues aquí espero anhelante!
POL. (¡Es mía infaliblemente!)

ESCENA III

DICHAS, ménos DON POLICARPO

ILD. ¡Dios le premie el buen deseo!
MERC. Verá usted cómo parece,
y si mientras se dispone
la cena quieren ustedes
arreglarse un poco antes...
ILD. Nos haremos la toilete.
A ver, ¿cuál es mi cuarto?
MERC. Este.
Y el inmediato el de Elvira.
ILD. Eso sí que no, Mercedes.
Mi niña siempre á mi lado,
MERC. Y lo estará, porque tienen
comunicación los dos
cuartos; y muy facilmente,
aunque se hallen acostadas,
podrán sin estorbo verse.
ILD. De ese modo me resigno.
Vamos, niña.
ELV. Adiós Mercedes.
MERC. Muy pronto las llamaré.
ILD. ¡Ay! ¡Si el loro no parece!

ESCENA IV

EDUARDO solo, sale con mucho cuidado procurando no hacer ruido

Es mi Elvira, sí, no hay duda;
si yo la pudiera ver...
Más cómo hacerla saber...
¡Ay! Amor, ven en mi ayuda.
Voy... mas su madre... No llego,
que si ayer con fiero enojo
por poco me salta un ojo,
si me vé, me deja ciego!
Si saliera aquí un ratito...
¡Más calla! ¡Es ella! ¡Me mira!
¡Ya me ha visto! ¡Viene! ¡Elvira!
ELV. ¿Qué es esto? ¿Tú aquí, Eduardito?

ESCENA V

DICHO y ELVIRA

EDUAR. ¿Te sorprende?
ELV. No comprendo...
EDUAR. Mercedes es prima mía.
ELV. ¿De veras? ¡Ay, qué alegría!
EDUAR. ¡Calla, por Dios! ¡No estás viendo
que si tu madre se entera
va á haber aquí un cataclismo!
Dime, ¿me quieres lo mismo
que yo á tí?
ELV. Yo...
EDUAR. Sé sincera.
ELV. Repara mi turbación.
Soy muy tímida y no sé...
EDUAR. Pues mira, no lo noté
ayer tarde en el vagón.
¡Con tu timidez y todo
me atizaste un lancetazo!...
ELV. No tal, fué un alfilerazo.
EDUAR. ¿Sí? ¡Pues escuece de un modo!...
¡Y en qué sitio, Dios clemente!
ELV. ¿Dónde fué?
EDUAR. ¡Fuiste cruel!
ELV. ¿Dónde te pinché?
EDUAR. En él...
¡Huyamos que viene gente!
(Huyen los dos cada uno hacia su puerta.)
ELV. Nadie viene por ahora.
Tal temor no se concibe.
EDUAR. ¡Si tu mamá se apercibe
ya llegó mi última hora!
¡Y que para dar sopapos
apenas si se halla pronta!
¡Si es abanico de tonta
su mano, soltando lapos!
ELV. Pues no te debes quejar,
porque la culpa fué tuya.
EDUAR. No, permite que te arguya...
ELV. Nada, no quiero escuchar.

Es mi madre y cuanto haga
ha de parecerte bien.

EDUAR. ¿Y si me ahoga?

ELV. También.

EDUAR. Pues, hija, eso no me halaga.

ELV. Y el que aspire á ser mi esposo
sumiso siempre estará
á cuanto ordene mamá.

EDUAR. (¡Oh, porvenir venturoso!)
Pero si yo no resisto...

ELV. ¡Y á quien arguya, en su daño,
tímida y todo, le araño!
¿Lo dudas?

EDUAR. ¡No! Si lo he visto.

ELV. Pues aunque solas estamos,
por el honor de la clase,
á todo el que se propase...
entre las dos...

EDUAR. ¿Qué?

ELV. Le ahogamos.

EDUAR. ¡Jesús, María y José!
Pues bien, no tratemos de eso.
Yo te amo con embeleso
y sólo pretendo...

ELV. ¿Qué?

EDUAR. Que me digas que tu amor
es mío. Dílo otra vez.

ELV. ¿Olvidas mi timidez?
No permite mi rubor...

EDUAR. ¡Anda, dí, tórtola mía!

ELV. ¡Te idolatro, pichón mío!

EDUAR. ¡De escucharte me extasío!

ELV. ¡Y á mí oirte me extasía!

EDUAR. Tu mano.

ELV. Y el corazón.

EDUAR. ¡Nunca tan feliz he sido!

ELV. ¡Que viene gente! ¡Atrevido!
(Dá un bofetón á Eduardo que ha querido besarle la mano.)

EDUAR. ¡Santo Dios, qué bofetón!
(Vase por la puerta izquierda y Elvira por la derecha.)

ESCENA VI

DON POLICARPO que trae la jaula con el loro

Mucha corriente hay aquí;
algo debe haber abierto.
Buena idea fué por cierto.
A la Central acudí
antes de ir á la estación,
para ver si alguno había
subido esta monería,
y allí estaba en un rincón.
Ya me es simpático el loro,
pues hoy le voy á deber
el amor de esa mujer,
que vale más que un tesoro.
El servicio es muy notorio,
y bien merece su amor...
Nada, soy un seductor
más temible que Tenorio.
Mas se escucha... Sí, ella es.

ESCENA VII

DICHO y DOÑA ILDEGUNDIS

ILD. ¿Y mi loro, dónde está?
¿Se viene usted sin él?
POL. ¡Bah!
Héle aquí.
ILD. ¿Dónde?
POL. A sus piés.
ILD. ¡Ay, qué dicha! ¡Qué alegría!
¿Es cierto? ¿Por fin te hallé?
Muchas gracias.
POL. No hay de qué.
ILD. ¿Cómo pagarle podría?
POL. (Yo me lanzo sin recelo.)
¿Que cómo?
ILD. ¡Grata sorpresa!
POL. Pues cumpliendo su promesa,

en la que vislumbro un cielo.
ILD. ¿Mi promesa? ¿Cuál? No atino...
POL. Usted me ofreció su amor...
ILD. Que yo le ofrecí... ¡qué horror!
POL. ¿Cómo horror?
ILD. ¡Qué desatino!
POL. ¿Desatino llama usté
á calmar esta ansia loca?
¿Sabe usté lo que en su boca
fuera un sí? ¡Ay! Yo lo sé.
No quiera verme morir.
ILD. ¿Pero qué está usté diciendo?
POL. ¡Pues lo que ustéd está oyendo
y aun le queda á usted que oir!
(¡Ahora viene la explosión!)
ILD. Señor mío, yo deploro...
POL. ¡Ildegundis, yo te adoro!
(Arrodillándose de golpe.)
(¿Se habrá roto el pantalón?)
ILD. ¡Cómo! ¿Qué?
POL. (Ya la he soltado.)
ILD. ¿Es verdad? ¿No desvarío?
POL. Yo te lo juro.
ILD. ¡Dios mío!
POL. (¡Qué duro está este tablado!)
ILD. Con que eso es decir en suma...
POL. Que siento aquí unas cosquillas...
y que estoy mal de rodillas,
porque padezco reuma.
ILD. Pues levante, que no es sano...
y si llegasen á entrar...
POL. No me puedo levantar
si tú no me das la mano.
Muchas gracias. (Le besa la mano.)
ILD. (Le da una bofetada.) ¡Atrevido!
POL. ¡Soberana bofetada!
ILD. Como estaba descuidada...
¿Pero acaso le ha dolido?
POL. Me dió gusto. (¡Ay!)
ILD. Perdón.
Soy sensible con exceso,
y cuando sentí aquel beso,
me dió un vuelco el corazón...

Yo quisiera, más no acierto
nunca á dominarme.

POL. ¿Hay tal?

ILD. Por una sorpresa igual,
dejé á mi difunto tuerto.

POL. (¡Atiza!)

ILD. Yo soy terrible
cuando los nervios me atacan;
en cambio cuando se aplacan...

POL. ¿Qué?

ILD. No hay mujer más sensible.

POL. Pues vamos á lo importante;
¿puedo contar con tu amor?

ILD. ¿Pero es verdad?

POL. ¡Duda! ¡Horror!
¡Pide pruebas al instante!
¿Quieres verme penetrar
en la jaula del león
y arrancarle el corazón
sin que él se llegue á enterar?

ILD. ¡Jesús!

POL. ¿Quiéres?... No vaciles.
¿Quiéres al momento ver
cómo hago ante tí correr
á un escuadrón de civiles?
¿Quiéres?..

ILD. No, señor; no quiero.

POL. ¡Vé que es mi pecho un volcán!

ILD. Pero así... tan pronto... y tan...

POL. ¡Pronto, por Dios, que me muero!

ILD. Repare usted cómo estoy.
Así de pronto... no sé...

POL. Pues entonces, volveré. (Va á marcharse.)

ILD. ¡Ay! ¡Eso no; tuya soy! (Deteniéndole.)

POL. ¡Oh, dicha! ¿Es posible, dí?

ILD. ¡Por tí palpita mi pecho!

POL. (Pues, señor; esto es un hecho,
está chiflada por mí.)

ILD. Mas si me olvidas, mi llanto
nunca se podrá enjugar,
y sólo sabré cantar...
¡Ay! *¡Yo, que penato tanto!*

POL. ¡Esa sospecha me mata!

¡Yo olvidarte! Si al morir
tan sólo sabré decir...
¡Ah, del alma inamorata!
¿Serás mía?

ILD. (No resisto.)

POL. ¡Prenda amada!

ILD. ¡Dulce encanto!
(¡Quién resiste, si hace tanto
que en otra igual no me he visto!)
¡Tuya siempre!

POL. ¡Mi ideal!
¡Esto es subir al Edén!

ILD. (Vaya, pues aprieta bien.)

POL. Ahora te dejo.

ILD. (¡Animal!)
¡Ay, que ya no me acordaba!

POL. ¿Qué?

ILD. Tienes que ir en seguida
por dos recetas.

POL. (¡Por vida!)
¿Yo?

ILD. Sí; que si el mal se agrava,
y un nuevo ataque me dá,
de fijo que me asesina.
La botica de Cristina
debes saber dónde está.

POL. Sí.

ILD. Pues, vuela.

POL. Estoy cansado.

ILD. ¿Mi salud no te interesa?
¡Ay, Dios mío; ya me pesa
haberme precipitado!
¡Todos, todos son lo mismo!
Estamos solas, si no...

POL. ¿Solas, estando aquí yo?
¡Por tí me arrojo á un abismo!
Ya me siento ágil y fuerte.

ILD. Pues vé y vuelve, que te espero.
¡Tu amor ó la muerte quiero!

POL. ¡Pues yo, tu amor ó la muerte! (Vase.)

ESCENA VIII

DOÑA ILDEGUNDIS

ILD. ¡Dios mío! ¿Será verdad,
ó, acaso, estaré soñando?
¡Al cabo de mis sesenta!
¿si alguno me habrá escuchado?
¡Con una conquista, digo!
Y aunque no es ningún muchacho,
aún está robusto y ágil,
y es amable, y muy simpático.
Su nariz es aguileña,
de puro corte jadáico,
y sus ojos son dos soles
que mi pecho han abrasado.

ESCENA IX

DICHA y MERCEDES

MERC. Vamos pronto al comedor.
ILD. ¡Ay, Mercedes!
MERC. ¿Qué ha pasado?
ILD. No te lo puedo decir.
MERC. ¿Se siente mal?
ILD. Al contrario.
MERC. ¿Cómo al contrario?
ILD. Lo que oyes...
Mas, no; que aún debo ocultarlo.
MERC. Pero...
ILD. No seas terca, hija;
es un secreto.
MERC. ¿De estado?
ILD. Mucho más. ¡Vaya, me gusta!
¿Es que yo no puedo, acaso,
tener también un secreto?
MERC. Sin duda. No hablemos más.
Llame...
ILD. ¡Elvira! (Llamando.)
ELV. (Dentro) Voy volando.

Me falta poco, mamá.
ILD. Despáchate, que aguardamos.
(Y que á mí el amor me ha abierto
un apetito extremado.)

ESCENA X

DICHAS y ELVIRA

ELV. Ya estoy aquí.
MERC. Pues marchemos.
ELV. (¡Ay! ¿Qué será de mi Eduardo?)
MERC. Sin cumplidos, adelante.
ILD. (¡Vuelve pronto, Policarpo!)

ESCENA XI

EDUARDO solo.

¡Ya se han ido, caracoles!
¡y qué miedo estoy pasando!
Encontré papel y tinta,
por fortuna, en ese cuarto,
y en esta carta le ruego
que salga aquí un breve rato,
cuando su madre se duerma.
Mientras se encuentran cenando,
dejo la carta en su cama.
Este creo que es su cuarto,
según oí desde allí. (Entra.)
Soy un pillo redomado.
Pero se escucha ruido.
Pronto á tu escondite, Eduardo. (Vase.)

ESCENA XII

MERCEDES, DOÑA ILDEGUNDIS y ELVIRA

ILD. Pero, chiquilla, ¿qué es eso?
ELV. No puedo probar bocado.
ILD. ¡Eres una impertinente!

¿Te parece que dejarnos
de ese modo está bien hecho?
MERC. Siquiera un poco de caldo.
ELV. Pero, mamá, si no puedo.
ILD. Pues se hace un poder, ¿estamos?
No se infiere así un desaire...
MERC. Todo queda remediado
con que la niña se acueste,
y usted prosiga cenando.
ILD. Eso sí que no. ¡Jamás!
Yo de ella no me separo.
¿No cena? Pues yo tampoco.
(Pero me llevo á mi cuarto
medio salchichón y un pollo.)
Verás qué bien descansamos.
MERC. Puesto que ustedes se empeñan...
buenas noches.
ILD. Otro tanto
te deseo.
MERC. Hasta mañana.
ELV. (¿Pero en dónde estará Eduardo?)

ESCENA XIII

MERCEDES y EDUARDO

MERC. ¡Gracias á Dios que se fueron!
Ahora, á ver si este muchacho...
Sal sin temor.
EDUAR. ¿No hay peligro?
MERC. Ninguno, se han acostado.
EDUAR. ¡Ay, prima mía del alma,
y qué miedo estoy pasando!
MERC. Déjate de miedo ahora,
ven á tomar un bocado.
EDUAR. ¡Ay! Mercedes, yo no puedo;
de verdad, me siento malo.
MERC. ¿Es de veras?
EDUAR. Te lo juro.
Prefiero á todo el descanso.
MERC. Pues, entonces, que te alivies.
EDUAR. Mil gracias.

MERC. (¡Pobre muchacho!)
(Mercedes apaga el quinqué que había sobre el velador, enciende una de las bujías y se va por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

DOÑA ILDEGUNDIS.—Luego EDUARDO.

ILD. ¡Qué audaz! ¡Me pide una cita!
¡Llegó á mi cama el osado!
¡Pero, qué pronto ha llegado!
¡El amor le precipita!
EDUAR. Tragó el pretexto. ¡Anhelante
vuelvo aquí y estoy temblando!
ILD. (El es, sí; se vá acercando.
¡Yo, á mis años! ¡Un amante!)
EDUAR. (¡Sé que cometo un exceso!)
ILD. No es un caso extraordinario,
que yo aún me siento...
EDUAR. ¡Canario!
(Tropieza en un mueble.)
¡Por poco me rompo un hueso!
ILD. ¡Ay! ¡Estoy sobresaltada!
EDUAR. La maldita obscuridad...
ILD. ¡Sálvale, Dios de bondad!
¡Que no se haya roto nada!
EDUAR. (Oigo pasos.)
ILD. (Aquí está.)
Siento aquí un volcán que arde.
EDUAR. (No me llamára cobarde
si me viera mi papá.)
¿Eres tú, dueño adorado?
ILD. (¡Ay! ¡Su dueño! ¡Quién creyera!
Mas me mostraré severa.)
¡Sí, yo soy, pichón amado.
EDUAR. Leiste mi carta. ¡Oh, placer!
¡Eres mi bien, mi ventura!
ILD. (¡Debo tener calentura!)
EDUAR. Mas no hay tiempo que perder.
Oyeme, prenda querida.
En grave peligro estamos,

mas de seguro triunfamos
si á todo estás decidida.

ILD. A todo, si es tu deseo.

EDUAR. ¡Cuánta dicha vas á darme!

ILD. Mas jura que has de llevarme
ante el altar de Himeneo.

EDUAR. ¡Oh! Mi honor te lo asegura
y en mí no cabe mancilla.
Yo soy tu Diego Marsilla.

ILD. Yo tu Isabel de Segura.

EDUAR. Juntitos eternamente
estaremos día y noche.

ILD. ¿Y me llevarás en coche?

EDUAR. Porque me envidie la gente.

ILD. ¿Sí? ¿Al teatro?

EDUAR. Y á paseo.
Y á las carreras también.

ILD. ¡Basta, no sigas mi bien,
que de gusto me mareo!

EDUAR. Y de este amor...

ILD. ¡Basta ya!

EDUAR. Será el fruto un chiquitín
que ha de ser un querubín,
todo, todo á su mamá.

ILD. ¡Ay, qué sofoco! ¡Me abraso!
¡No hables de eso, por piedad!
(¡Dios mío! ¿será verdad
que aún puedo verme en tal caso?)

EDUAR. Mas deja, mi bien, que ahora
selle con ardiente beso...
tan venturosa unión.

ILD. Eso...

EDUAR. ¿Negarás á quien te adora?...

ILD. (¡Dios mío! ¿quién se contiene?)
Pues uno solo.

EDUAR. ¡Divina!

ILD. (¡Qué piel tan suave y tan fina!)

EDUAR. (¡Qué mano tan basta tiene!)
Tan feliz me juzgo ya
con tu amor, prenda adorada,
que ya no me asusta nada
ni le temo á tu mamá.

ILD. (¿Qué?)

EDUAR. Tu mamá, Elvira mía,
no es mujer, es un castigo,
y á que te cases conmigo
se opone su tiranía.
ILD. (¡Oh!)
EDUAR. Por consiguiente, un medio
sólo hay que todo lo allana;
que huyas conmigo mañana
y después... ya no hay remedio.
ILD. (¡Dios mío! ¿Estaré soñando?)
EDUAR. ¡Ya ves si es cosa sencilla!
ILD. (¡Esto es una pesadilla!)
EDUAR. ¿Conque, puedo ir preparando?...
ILD. (Esto es bajar desde el cielo
al más insondable abismo!
Le debo ahogar aquí mismo.)
EDUAR. Dí.
ILD. (¿Más, quién es?)
EDUAR. Recelo.
que alguna duda te acosa.
Ve que tu mamá es mal bicho
y puede darle el capricho
de romperme cualquier cosa,
y nos puede sorprender...
y tú no querrás que muera.
ILD. (¡Ya verás la que te espera
cuando me llegues á ver!)
EDUAR. ¡Es un dragón, una arpía,
que solo piensa en tragar!
ILD. (¡Yo lo voy á estrangular!)
EDUAR. Conque, pronto, vida mía,
vuelve á mi pecho la calma.
Huirás conmigo, ¿no es cierto?
ILD. (¡No puedo más, ya eres muerto!)
Sí, pichón, con vida y alma.
(Encendiendo una cerilla y luego la bujía.)
EDUAR. ¡La madre! ¡Jesús bendito!
(Corre á esconderse en su cuarto.)

ESCENA XV

DOÑA ILDEGUNDIS

ILD. ¡El del tren! ¡El de ayer tarde!
¿Por qué te escondes, cobarde?
¡Sal aquí, te decapito!
El cogote de un voleo
se lo troncho, sin falencia.

ESCENA XVI

DICHA y DON POLICARPO

POL. Vuelo á tu grata presencia,
cumplido ya tu deseo.
Aquí está lo que encargaste.
ILD. ¡Oh, dicha! Ven.
(Cogiéndole de una mano y bajándole con violencia al proscenio.)
POL. ¡Eh! Con tiento.
ILD. Há poco, en este aposento,
que me adorabas juraste.
POL. ¡Con un amor incendiario!
ILD. Te exijo una prueba.
POL. Dí.
ILD. ¿Serás capáz?
POL. ¿Yo por tí?...
ILD. Pues mata á un hombre.
POL. ¡Canario!
ILD. Un hombre aleve y traidor
hoy á tu bella ha agraviado.
Sólo al que mate al menguado
le daré en premio mi amor.
POL. (¡Caracoles! ¡Esto es serio!)
Pero, Ildegundis, escucha...
ILD. Te oiré después de la lucha.
POL. Mas explica este misterio.
ILD. ¿Vacilas siquiera un punto?
¿Tienes miedo á fenecer?
POL. (¿Yo qué pierdo en prometer?)

¡Cuéntale ya por difunto!
ILD. ¡Gracias mil!
POL. ¡Le haré pedazos!
ILD. Nunca yo esperé otra cosa.
Venga á tu futura esposa,
pero antes... ¡ven á mis brazos!
POL. ¡Oh! ¡qué dicha! ¡qué alegría!
¿Dónde está? ¿Cómo se llama?
¡Pronto, que el furor me inflama
y él alienta todavía!
ILD. ¡Oh! ¡qué hermoso estás así!
POL. Su nombre.
ILD. Pues... no lo sé.
Mas tú le hallarás.
POL. ¿Por qué?
ILD. Porque ese hombre se halla aquí.
POL. (¡Santísimo Sacramento!)
¿Dices que aquí? (¡Dios me valga!)
ILD. ¡No hay piedad! En cuanto salga...
POL. ¿Dónde está?
ILD. En ese aposento.
Allí espero.
POL. (¡He sido un zote!)
ILD. Tu valor premio merece. (*Le abraza.*)
POL. (¡Este abrazo me parece
que es la argolla del garrote!)

ESCENA XVII

DON POLICARPO, después EDUARDO

POL. ¡Gran Dios! ¿por dónde me escapo?
¡Bruto, estúpido, zoquete!
Dí, hijo mío, ¿quién te mete
á tí á echártelas de guapo?
Si en viendo una cara fosca
se me encoge el corazón
y me dá miedo un ratón
y nunca maté una mosca.
¿Cómo ir? ¡A quién no espanta!...
Más ¡oh idea luminosa!
¡El Jeréz dicen que es cosa

para dar valor que encanta!
Ayer dos botellas traje
y las guardé en ese armario.
Á ellas, pues es necesario
que me enciendan de coraje.
Aquí están. ¡Vaya un color!
¿Pues y el sabor? ¡Esto es gloria!
Sin remedio la victoria
es mía. ¡Siento un calor!...
Es cosa particular,
mas conforme voy bebiendo
parece que va creciendo...
mi valor... Hay que atizar.
¡Tuve una idea feliz!
¡Jé, jé! ¡Quién lo creería!
¡Me retoza la alegría!
¡Que salga ya ese infeliz!
¿Será un mandria ó un valiente?
¡Si Dios quisiera!... atender
á mi miedo... Yo he de ver
si así, cautelosamente...
Mas, ¡qué llego á descubrir!
¡Oh, providencia divina!
¡Es mi sobrino! ¡Un gallina
como yo! Lo he de partir.
¡Viene!

EDUAR. ¡Es fuerza escapar!

POL. ¡Deténgase usted, canalla,
que ya mi furor estalla
y lo voy á triturar!

EDUAR. (¡San Caralampio bendito!)
¡Soy inocente, lo juro!
(¡Quién me salva de este apuro!)

POL. ¡Tu sangre! ¡La necesito!

EDUAR. Más, ¿qué hice á usted?... ¡Por piedad!

POL. ¡El que ha osado á mi futura,
no espere paz ni ventura
aquí ni en la eternidad!

EDUAR. ¡Por Dios, escuche mi queja!

POL. ¡Vas á morir!

EDUAR. ¡Ay! ¡Socorro!
¡Que me matan!

POL. Si yo corro

también. (Si el Jeréz me deja.)
(Entra persiguiéndole.)

ESCENA XIX

MERCEDES sola

Me pareció haber oido
que gritaban por aquí.
Pero no. Calle, es allí.
¿Qué diablos habrá ocurrido?

ESCENA ÚLTIMA

TODOS, sale primero Eduardo y vá á ampararse de su prima. Luego doña Ildegundis en matiné, detrás Elvira y á su tiempo don Policarpo

EDUAR. ¡Por los santos inocentes
líbrame de ese chacal!
MERC ¿Qué?
ILD. ¡Virgen del Tremedal!
¡Me han roto todos los dientes!
ELV. ¡Ay! ¡Mamita de mi vida!
MERC. Pero, señor, ¿qué ha pasado?
ILD. ¡Qué un bofetón me he encontrado
terrible, estando dormida!
EDUAR. (Si me conoce me avío.)
MERC. ¿Más quién ha sido?
ILD. No sé.
MERC. ¿Pero fué tan?...
ILD. ¿Que si fué?
¡De padre y muy señor mío!
¡Como que no me ha dejado
ni un hueso sano en la boca!
MERC. ¿Más quién pudo?...
ILD. ¡Yo estoy loca!
ELV. Alguien ahí se ha ocultado.
(Aparece don Policarpo, tropieza y cae.)
TODOS ¡Ay!
POL. No asustarse, soy yo.
Penetré ahí persiguiendo
á un tunante.

ILD. ¿Qué estoy viendo?
POL. ¡Y el truhán se me escapó!
Más no se fué de rosita,
que antes le atizó esta mano
un bofetón soberano!
ILD. ¿Fuiste tú?
MERC. ¡Virgen bendita!
ILD. Lindo regalo de bodas.
¿Más por qué injuriarme así?
POL. ¿Qué?
MERC. Chico, era para tí.
EDUAR. ¿Sí? Pues ahí me las den todas.
MERC. (Todo lo entiendo.)
ILD. Mercedes....
¿Más qué es lo que veo ahora?
(Reparando en Eduardo.)
MERC. Calma un momento, señora,
yo debo explicar á ustedes....
Este joven que aquí ve,
causa de aquel extravío,
es Eduardo, primo mío,
y ama á Elvira, yo doy fé.
A Madrid, tras la que adora,
vino á ofrecerle su mano
y un caudal más que mediano.
Ella le quiere, conque ahora
justo es que olvide el pasado
y que los haga felices.
ILD. ¿Hija mía, qué me dices?
ELV. Pues lo que usted ha escuchado.
¡Mamita, por compasión!
ILD. Bien mirado no es mal chico.
(¿Tú estás segura que es rico?)
MERC. (Lo menos tiene un millón.)
ILD. ¡Hijo mío de mi vida!
ELV. ¡Ay! ¡qué gusto! ¿Accedes ya?
ILD. ¿Qué he de hacer?
EDUAR. Pues claro está.
ILD. Pues á casarse enseguida.
(No sea que se arrepienta.)
EDUAR. Corriendo, sin dilación;
mas con una condición.
MERC. ¿Cómo?

ELV. ¿Qué?
ILD. ¿Qué es lo que intenta?
EDUAR. Aunque por tu amor me abraso,
algo hay que mi dicha empaña...
Si usted no se va de España,
yo, Elvirita, no me caso.
MERC. ¿Qué?
ELV. ¡Traidor! ¿Qué osas decir?
¿Pretendes?..
ILD. No hay que alarmarse.
Pueden ustedes casarse;
yo muy pronto he de partir.
EDUAR. ¿Cómo?
ELV. ¿Tú?
ILD. Yo. ¿Qué he de hacer?
También me caso, y decido
marcharme con mi marido,
cumpliendo con mi deber.
ELV. ¿Qué, te casas?
MERC. ¿Es verdad?
Pero, así, tan de repente...
¿Y quién ha sido el valiente?
ILD. ¡Tu tío!
MERC. ¡Dios de bondad!
POL. Hija, ya estaba aburrido
de estar tan desocupado.
El cielo me ha deparado
esta bella, y me decido.
ILD. ¡Bien mío!
POL. Oyeme, esposa.
Si he de ser feliz contigo,
no cuentes jamás conmigo
cuando olvides otra cosa.
EDUAR. Valiente susto me ha dado.
¡Pues si mi furor estalla!..
POL. Somos dos valientes, calla;
de sobra lo hemos probado.
Y ahora, en premio á este valor,
no nos mate tu sentencia.
Otórganos tu indulgencia
á nosotros y al autor.

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; d *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio Sa Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7 de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las In antas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de l Mata, 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del An gel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta casa editorial, acompañando su importe en sello de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.